

Perdido

Este cuarto es la suite del hombre lobo. En el respaldo de la silla cuelga un pantalón azul. Me quedo mirándolo. Ese pantalón es mío. Respiro hondo y paso mi mano por arriba de las tetas de la hembra que duerme junto a mí, me estiro un poco y agarro el atado de cigarrillos y el encendedor de plástico. Después de saborear humo tóxico, me levanto en musculosa y con el pucho en la comisura de la boca. Soy todo un estereotipo, man. Rasco mi mejilla hirsuta, tratando de entender por qué mis jeans estaban ahí. ¿Quién los puso ahí? A lo lejos, o en mi mente, escucho una melodía irreconocible. Apago el faso en la pared sostenida por un póster de The Cure, me abrocho el cinturón y al toque experimento la imperiosa, la consuetudinaria, la mañanera necesidad de beber, de beber de un recipiente de cristal tallado, limpiísimo; beber un vaso de whisky con hielo, YA. Mis amigos cuando se despiertan quieren copular con la pareja o lo que sea; yo, en cambio, necesito el fuego del etanol. Cada vez copulo menos. Debo ser pésimo copulando. Ah, si es whisky importado, muchísimo mejor. Cuando lo agitás, el whisky importado y los tres cubitos de hielo desatan un delicioso, un misterioso Clink Clink. Es un llamador subrepticio. Sí, yo necesito sentir el misterioso, el delicioso Clink Clink. Como no debo despertar a esa hembra fea, opto por ser un expedicionario: hallaré la cocina por mis propios medios. Últimamente me pierdo frecuentemente. Sobredosis de adverbios, pienso como si tuviera un retraso mental, y prendo otro Parliament. Aspiro una bocanada de humo, abro la puerta y asomo mi gran cabeza a través del corredor. La entrada del toilette o el cagadero está libre. Al otro lado, a la izquierda, cualquier progresista puede ver una doble cancel que de seguro preludia la cocina. Me quedo oteando en el vano de la puerta, miro a una muchacha pecosa que duerme abrazada a un espécimen en estado lamentable. Pienso en el amor. Ok, casi me olvido, bebimos como peces, grandes cantidades. Fue el cumpleaños de esa hembra fea. Admito que no es menester hablar así. Pero es la verdad. Yo también soy feo, mas no tanto como esa criatura con la que dormí. Ojo, si bien se mira, la fealdad es trascendente, rompe con lo superior, con la armonía. Pero bueno, ahora nada de eso importa. No, casi nada importa. Lo importante ahora es encontrar la jodida cocina, encontrar el jodido whisky, los tres cubos de hielo Clink Clink. Me calzo mis zapatitos de algodón, como hacíamos cuando íbamos a salita verde, y así no hago nada, nada, de ruido, porque no quiero despertar a esta mocedad enamorada que duerme en el pasillo. ¿Quiénes son? Para mí que estos ejemplares pertenecen al clan glam o new dark, o como cuernos se llame. Están envueltos en negro, con delineador negro en los ojos abatidos, custodiándoles el sueño de perro salchicha. Llego a la cocina y abro los cajones, rebusco abajo de la mesada, en todos los rincones. Veo una cucaracha. Puta madre: el horror, no hay whisky por ningún lado... Se acabó, viejo, me voy a Parque Patricios. Recupero el saco de pana que certifica mi pobreza y salgo a la calle. Libre como un gorrión enfermo. Camino junto a dos mamíferos vestidos de oscuridad. El cielo está encapotado, ¿quién lo desencapotará? Me siento a gusto con estos seres pequeños, si bien ellos tienen veinte y yo demasiados. A lo mejor nunca pasé de salita verde. A lo mejor la pelota que arrojé cuando jugaba en el parque, aún no ha tocado el suelo. Caminamos una cuadra. Hablan poco, hablan raro. No entiendo ese lenguaje. Tal vez son de otra especie. Da igual. Me despido con un ademán que se parece menos a chau que a un váyanse al carajo y cruzo la avenida, voy urgente en busca de un maldito bar. Estoy temblando. No me gusta temblar. Entro y elijo una mesa del fondo. La luz me lastima y pienso en una mujer, pienso que ya no aguanto tanta tristeza. No sé qué hacer. No sé qué hacer. Estoy sentado en esta silla de madera, inclino la vista y veo mi jean azul. Escucho la lluvia. Sonrío.